

Frente libertario

Madrid,
4 de octubre
de 1937

NUMERO 310

editado por el comité de defensa confederal = región centro

ANTE LA ESCISION DE LA U. G. T.

En estos graves momentos la escisión de una central sindical puede acarrear fatales consecuencias

La situación en el seno de la U. G. T. es por demás delicada y peligrosa. Y si a esto unimos la gravedad intrínseca de los momentos que atravesamos en nuestra lucha antifascista, la situación, sobre ser grave para la misma U. G. T., es además grave, gravísima, para la causa de todo el proletariado español.

Esta es la realidad que se presenta ante nuestros ojos. Y a esto es a lo que es necesario poner rápido remedio.

No puede continuarse poniendo en peligro la unidad, no ya de todos los sectores antifascistas, sino la misma unidad interna de uno de esos sectores, sin que se deba señalar a los que tal procuran o a los que tal originan como miembros peligrosos de la comunidad antifascista, como miembros indeseables, o, cuando menos, no deseables, de esta gran masa de hombres y de tendencias que se agrupan bajo las banderas del antifascismo. Y quienes en mala hora olvidaron que por encima de sus propios egoísmos está la guerra y que por encima de sus deseos peculiares está el deseo unánime de todo el proletariado español de conquistar su libertad, deben volver de su error, y volver de él, además, rápidamente. De otra manera, quizás sería demasiado tarde.

En el caso presente de la U. G. T., nos encontramos ante una organización que hasta ahora tuvo siempre una firmeza monolítica y que en la actualidad se encuentra dividida, escindida casi, y aun sin casi. Esta es la realidad. Dolorosa, pero realidad. Y esa organización, esa sindical obrera, tenía siempre su esti-

lo propio y sus hombres respaldados por años y años de lucha proletaria, inflexibles en el cumplimiento de sus deberes, exigentes en el ejercicio de sus derechos. Son hombres que están por encima de toda sospecha y de toda duda. Malhadadamente hubo grupos que pretendieron cambiar el estilo de la U. G. T., la tónica de la U. G. T.; y, naturalmente, tropezaron con la actitud firme y decidida de aquellos mismos hombres, en los que encarnaban años y años de lucha proletaria, aquellos hombres que en su propia persona, como ente físico, se veía, por los más amplios sectores proletarios españoles, representada la U. G.

T. misma. Surgieron los primeros roces, pronto saltaron a la actualidad del país los primeros chispazos, y hoy nos encontramos con que la U. G. T. ha dejado de ser una, para convertirse en dos. Hoy la U. G. T., como entidad unida y firme, no existe.

Ahora bien: ¿estamos en condiciones de lanzarnos a luchas interiores teniendo en nuestra propia tierra al ene-

LUCHAMOS PORQUE LA MISERIA Y EL HAMBRE NO VUELVAN A SER CO-NOCIDAS POR NUESTROS HIJOS.

migo? ¿Tiene nadie derecho, en la España antifascista, a ser tan absurdamente intransigente que desuna lo que está unido, única y exclusivamente para darse la satisfacción de aplastar, o intentar aplastar, a un adversario ideológico? ¿Puede, en verdad, llamarse buen antifascista quien lleva su intemperancia a comprometer la causa de todos para seguir adelante con sus egoísmos y con sus deseos de predominio exclusivo? Creemos que no. Estamos firmemente convencidos de que no es así.

Más dolor causa aún el hecho de que situaciones semejantes las provoquen quienes siempre están haciendo alabanzas de la unidad; porque

lo más triste del caso es que los panegiristas de la unidad son los que han provocado la escisión de la U. G. T. ¡Bizarra forma, en verdad, es la que tienen de laborar por la unidad de todos los antifascistas!

Seramente, serenamente, sensatamente, haciendo dejación de todas nuestras posiciones ideológicas, para acordarnos tan sólo de que somos antifascistas, creemos que unos y otros deben de hacer todo lo que de ellos dependa para terminar con semejante estado de cosas. En España no hay sitio para dos U. G. T.; y a la causa antifascista se le origina un perjuicio irreparable si la intransigencia se lleva hasta sus últimas consecuencias y de ésta resulta la escisión de la sindical hermana.

Límense asperezas; desháganse errores; póngase por todos la mejor voluntad para solucionar este pleito tan doloroso y tan amargo. El pueblo que lucha y trabaja lo sabrá agradecer a unos y a otros. Y los hombres que en las trincheras cierran el paso a las armas rebeldes, con sacrificio de sus propias vidas, no sufrirán el desconsuelo de ver cómo, en tanto que ellos superan todos los heroísmos, están dispuestos a los más grandes sacrificios, hay hombres en la retaguardia y en las esferas directoras de la guerra y de la Revolución que no son capaces de sacrificar por la victoria del pueblo ni tan siquiera una pequeña parte de su egoísmo, de sus posiciones sectarias, de sus deseos de predominio y de dominación decisiva.

Flechazos

La política, los políticos y la C. N. T. Que hemos dado un gran paso hacia la unidad y que podíamos haberlo dado mejor, es cosa que nadie puede poner en duda. Y no la puede poner en duda, porque para disiparla toda, y hasta si se quiere todo gesto maligno, está ahí, sí, está ahí, el abrazo efusivo, muy efusivo, casi interminable, con



¡Ya sólo el pueblo tiene la palabra!

que Portela Valladares y el doctor Negrín se correspondieron. Unos pechos que se unen, unos brazos que se cruzan, unos ojos que se miran... y nada más. Nada más, porque los labios permanecieron estáticos.

Pero lo menos trascendental del caso son el abrazo y sus detalles. Lo más importante es el momento político y la significación del uno y del otro; el matiz del uno y del otro. Porque es indudable que al acercarse, al aproximarse hasta fundirse en un abrazo tan prolongado, también se ha fundido el contenido filosófico que cada uno sigue. Y al acercarse y aproximarse hasta fundirse el contenido de sus Escuelas, se halla fuera de toda duda el qué a estas horas las masas enormes que siguen al Doctor Negrín se apretujan y se apretujan en las calles de todos los pueblos leales al ir al encuentro de las masas que seguían, y que todavía siguen, al señor Portela Valladares. Pero no creas, querido lector, que al hablar de las masas que siguen al Doctor nos referimos a su clientela. No, no; ésta, por fortuna para España, era escasa.

¡Y la C. N. T. en el "Limbo" siempre! Con lo poco que le habría costado enviar una "Comisión" unos días antes de la reunión de Ginebra, con lo que

nos habríamos adelantado al Dr. Negrín y ahora las masas, ¡las enormes masas! que seguían y siguen al señor Portela Valladares, estarían, ¡vaya si estarían!, codeándose con nosotros. Y, ¡por qué no decirlo!, también las de Maura, antes que se las gane el Partido Comunista. Porque de Lerroix y Gil Robles, ¡ni hablar!, el momento de ensanchar la base no ha llegado aún, y, además, esos no vienen, por lo menos, por lo menos, hasta que se abran las Cortes nuevamente.



El buen soldado ve en la prostituta la muerte.

¡Viva la Alianza Obrera Revolucionaria!

Ayuntamiento de Madrid

Lo que deben ser nuestros comicios

Cuando hablamos de comicios lo hacemos en sentido general de todos los organismos antifascistas. Deben predominar en los comicios las ideas de unión moral y de unidad de acción; sin éstas no es posible mantener el ímpetu arrollador de nuestro Ejército popular y la moral imprescindible en la retaguardia para ganar la guerra. De nuestros comicios deben surgir las ideas claras y concisas, para que, a medida que pasen los días, la nación halle el organismo adecuado para ganar la guerra y consolidar la Revolución.

Todas las convulsiones sociales en el correr de los tiempos han creado por sí mismas sus organismos. Es en la unidad de acción donde hemos de buscar la creación del organismo que nos haga invencibles en la guerra y en la economía. La nueva estructuración de España—¿qué duda cabe!—se cimentará en los principios del socialismo científico. Ahora bien: éste ha de llegar en forma adecuada al corazón de las masas, y para ello el organismo que se cree debe ser tan elástico como elástica es la resistencia ante el enemigo. Elástica ante el enemigo, lo decimos, porque hasta el presente no hemos visto aún la coordinación imprescindible en la retaguardia. De ahí el malestar y la desconfianza de unos hacia otros. Esto debe terminar; en la mutua comprensión de todos está el alcanzar el triunfo sobre el fascismo. Si es así, que más lógico que buscar entre todos el organismo mancomunador de todos los esfuerzos y sacrificios, para que éstos, unidos al arrojo y a la valentía de nuestros soldados del Ejército popular, formen un haz que estreche las manos de todos los antifascistas con una sola preocupación: vencer.

Para vencer hay que estructurar la economía, y los hechos acaecidos demuestran que se puede estructurar eficazmente mediante el control de los organismos sindicales, de

común acuerdo con los demás partidos políticos.

Puesto que el socialismo científico es llamado a regir los destinos de España, lógico y natural es que sean los Sindicatos los que lleven la iniciativa de la reconstrucción económica apoyados con calor y cariño por todos aquellos organismos políticos, que sienten de veras la unidad y la unión de todos los antifascistas para ganar la guerra y reconstruir España. En unos y en otros, no lo dudamos, está el anhelo del triunfo rápido; pero, sin embargo, surgen discordias que ponen en peligro la unidad. Estos efectos quedarían subsanados si en el orden nacional se creara el organismo adecuado al momento que vivimos y respondiera a la orientación sindical que ha tenido la Revolución desde sus comienzos.

Consolidar la retaguardia con un organismo amplio en el sentido general de la palabra, con las aportaciones de las orientaciones que dimanen de los Sindicatos y de los Consejos de empresa, es fortalecer el espíritu del combatiente en el frente; es, además, proseguir en el camino ascendente por el cual pasan las aspiraciones obreras, para llegar sin más convulsiones entre el capital y el trabajo que las que pueden dimanar del orden moral.

No es en vano la necesidad preconcebida, y en esto vemos que todos los organismos sindicales laboran; sólo cabe decisión por parte de los partidos políticos y que éstos se incorporen al ritmo sindical. Si así se obra, muchos de los inconvenientes surgidos en el problema de las subsistencias, no se hubiesen presentado; porque la inteligencia hubiese sido perfecta y jamás habrían visto los obreros un peligro en los demás partidos políticos que les pudiera arrebatarse sus conquistas logradas al enemigo, a pecho abierto, en las calles y en los campos de batalla desde los primeros días de la sublevación fascista.

DE MAL EN PEOR

¿Será posible que la egolatría personal, y la egolatría política ciega a los hombres hasta el extremo de abocar a la catástrofe antifascista?

Así es imposible seguir ni un momento más. El derrumbamiento ha de venir de la retaguardia. Todo lo que se pueda hacer por que a nuestros soldados no les falte nada. Que no les falte comida, abrigo, armamento ni cultura. Conformes en ello. Siempre fué esa nuestra cantinela. Siempre lo hemos dicho y deseado nosotros, los anarquistas. ¿Pues no faltaba más! Pero nosotros somos racionalistas; no somos ilusos, aunque alguien interesadamente se empeña que lo seamos.

¿Pero se ha pensado por parte de los que tienen el deber de hacerlo lo que supone una retaguardia hambrienta? En primer lugar, no producir nada útil.

Recuérdese que Alemania perdió la guerra del 14 dentro de sus fronteras. Recuérdese que no fueron los ejércitos aliados los que derrotaron al ejército alemán, sino que fué su propia y patriótica retaguardia, que moría de hambre y desesperación por falta de alimentos y materias primas. Recuérdese

siempre, y en todos y cada uno de nosotros está la mejor prueba, que por mucho entusiasmo y patriotismo que se tenga, la resistencia humana tiene un límite. Son las tripas las que llevan al corazón y no el corazón a las tripas.

Por mucho idealismo que se tenga hay que reconocer que el cerebro, motor del hombre, no funcionará con la máxima potencia, ni regularmente si quiera, si le falla la energía vital. Y la energía vital es el alimento cotidiano, aunque se escandalicen los espiritualistas, que, dicho sea de paso, también comen y se abrigan.

Todavía no ha empezado el invierno y la retaguardia va transcurriendo las semanas enteras recibiendo escasos alimentos. Ve con dolor que, en plena estación de ellos, se ven pocos tomates, pimientos y uvas. Esto es intolerable, cuando se sabe que esos productos se están pudriendo en la planta. ¿Qué hace el Gobierno y el Municipio para remediarlo? En primer lugar destruir las cooperativas creadas a la fuerza por la insuficiencia de transporte y distri-

NO PRETENDÁIS NUNCA SEÑALAR DEFECTOS A AQUELLOS QUE LOS POSEEN. INMEDIATAMENTE OS TILDARÁN DE TRAIDORES. OS LLAMARÁN ENVIDIOSOS, CONTRARREVOLUCIONARIOS, Y PRETENDERÁN COLOCAROS DENTRO DEL CAMPO DE LA SOSPECHA, O LO QUE ES PEOR: DE LA TRAICIÓN.

bución de quien debía hacerlo, si es que no quiere competencias, no lo supo o no lo quiso hacer. En segundo lugar, rectificar los precios de la tasa que en mala hora se le ocurrió decretar. Y decimos en mala hora porque cuando se tiene el propósito de hacer algo práctico, sin macanas, se ha de llevar adelante hasta las últimas consecuencias lo que se propone. Y el Gobierno tiene la obligación de saber que al poner en vigor la ley de tasas vendría la ocultación de géneros. Y al descubrirse, como se ha descubierto, con las valiosas colaboraciones del pueblo antifascista, las ocultaciones y a los ocultantes, el Gobierno, si es que lo es y se estima éticamente, debe colgar a los acaparadores, que por este solo hecho son enemigos de la República y saboteadores del Gobierno y de la ley.

Estamos en guerra, y un Gobierno o Municipio que se dice antifascista tiene el deber de aplicar la ley de guerra a los enemigos de la causa antifascista. Estamos en guerra y con la tranquilidad de conciencia de quien no la ha desencadenado, y por instinto de conservación hay que defenderse de los enemigos declarados y encubiertos. No somos demagogos. ¿Cómo, cuál es una de las mejores medidas de defensa? Evitar las causas y no DECIR que se va a combatir los efectos de ellas.

Los primeros y los más notables saboteadores de la ley de tasas, los fomentadores de la venta clandestina y la ocultación, son los servidores del Estado y todos los que el Estado garantiza su existencia parasitaria. El obrero, que está desfallecido y extenuado en el tajo o en el Comité, y que gana diez pesetas de jornal, no puede de ninguna de las maneras, regularmente, ir por los pueblos a comprar los productos alimenticios sobornando a los productores, pagándose al triple o quintuplo de precio superior a la tasa. ¡Ahí está el quid!

O se evita este estado de cosas bochornosas y denigrantes entre los que siempre hemos predicado la infamia del capitalismo y se deja de estar rectificando todos los días, que es el mejor síntoma de la ineptitud, o se admite, que es lo digno, lo noble.

Persistir en el error, más que contumacia, es criminalidad. Y ya es hora que alguien comprenda que por encima de su vanidad personal o su interés de capillita o de secta está el interés del pueblo, de España y de la Libertad del mundo.

Vamos de mal en peor. O se rectifica o el caos no se hará esperar.



Mensaje revolucionario a la España proletaria

Dr. Félix Martí Ibáñez

¡Trabajadores!

Días de lucha. Jornadas heroicas las que vivimos. En la calle se encontraron al fin en magna contienda las dos grandes fuerzas que siempre chocaron en el palenque de la Historia: la siniestra representación del capitalismo agonizante y el ariete de luz del proletariado triunfal.

Como otras muchas veces sucedió a lo largo del rosario uniforme de la Historia, el conato de insurrección fascista ha provocado un resultado inesperado. Bastó mover la palanca magna para desencadenar la roja avanzada revolucionaria. ¡Saludemos su augusta aparición! ¡La Revolución está en marcha! Y ha sonado en el reloj de la Historia la hora de manifestarse plásticamente las convicciones revolucionarias de cada uno. Desde nuestra trinchera, dirijamos un mensaje a todos los trabajadores, invitándolos a la acción heroica.

Puedo ser yo, desde mi insignificancia, quien lance el grito. No importa quien empuje el clarín de llamada. Lo esencial es el clarínazo de alerta. Por otra parte, en las jornadas transcurridas he demostrado mi acción revolucionaria y pienso seguir haciéndolo en los ciertos días futuros, mientras aliene en mí un soplo vital.

Cuando pasen estas horas azarosas tendré ocasión de relatar mis andanzas y mis impresiones personales: la tarea destruyendo hospitales proletarios, la asistencia de urgencia en las barriadas, la obra magna de la Universidad Popular que estamos edificando mientras aún suena la ametralladora, la ronda volante por las noches para llevar un mensaje sanitario, la impresión imborrable del atentado personal frustrado como se me ha verificado una noche pasada.

Hechos son éstos que preferiré narrar más adelante, si vivo todavía, y además de constituir mi credencial revolucionaria que demostrará cómo he sabido realizar en la vida lo que en el terreno de las ideas he predicado siempre, creo que serán de interés para exponer a mis amigos de España y Sudamérica la serie de mutaciones psicológicas y el arraigamiento en mi espíritu de nuevas ideas revolucionarias, brotadas bajo esta lluvia mágica de impresiones vibrantes, con las cuales la Revolución ha regado la tierra inquieta de mi espíritu.

En el instante actual la minúscula actuación individual debe quedar borrada por la grandiosidad del esfuerzo colectivo. Somos diminutos ayudantes—por lo humanos—de la gigantesca empresa que por sí está realizando la Historia.

Situémonos de modo que no desentonemos en el escenario histórico que nos circunda. Actores de un drama inmortal, nuestro deber en este momento de tránsito hacia una vida nueva es despreciar el dolor, la muerte, el egoísmo, los lazos todos que nos ataban a una vida apacible y lanzarnos a la deriva por el mar de la Revolución. Asomados todos, hermanos trabajadores, al fondo de la contienda, por debajo del humo de la pólvora y los carmesíes de la sangre, donde no arriba ni el eco del fusil, ni los alaridos del ametrallado, y allí atalayaremos una fuerza invencible que se llama idea revolucionaria y a cuyo empuje no hay dique capaz de oponerse. Miraos en ese espejo de la Revolución, trabajadores intelectuales y manuales!

Contemplaréis una trágica estampa

goyesca: aristócratas y plutócratas pisoteando a las clases obreras, legiones de niños hambrientos, millares de muchachas tuberculizadas que se mueren faltas de asistencia, carne de mina y de fábrica sobre la cual se clavan las mil agujetas del hambre y la miseria, hombres reducidos a la categoría de bestias. Una visión dantesca ante la cual debemos olvidarlo todo cuanto se refiere a nosotros mismos para correr a llevar a esas bocas sedientas de justicia un cuenco repleto de agua que satisfaga su sed. Esa agua mana de las fuentes históricas de la Revolución. ¡Llenos allí nuestros odres y corramos hacia los sedientos a cumplir nuestra misión de samaritanos del ideal!

Recordad las palabras del místico indio, Swami Narendra Nath Dutti Vivekananda:

“¡Mientras haya un solo perro hambriento, alimentarlo será mi religión!”

¡Alzaos, trabajadores manuales e intelectuales; sincroniza! vuestro corazón con las palpitaciones del mundo! ¡Alzaos! ¡En pie y despiertos de vuestro letargo! ¡Desplegad el estandarte de ardientes colores de la Revolución y sumad a ella vuestro esfuerzo! ¡No os paréis en el camino! ¡Pararse es retroceder, y precisa llegar al fin a toda marcha! ¡Lo podremos contemplar nosotros? ¡Qué importa eso! Como el pájaro de Samoer, cantemos el alba. Aunque hayan de ser otros los que vean refulgar en su frente los rayos de luz del sol revolucionario. ¡Sed hombres! El proletariado manual ha demostrado desde el 19 de julio que sabe llenar el perfil de su destino histórico de un profuso contenido de realizaciones. Ha acreditado que sabía situarse a la altura vertiginosa de sus designios y que era capaz de luchar y morir por la civilización nueva. Han comprendido que la vida es acción, que la Historia no es la que nos mueve, sino que somos nosotros los que hacemos Historia. Y en una gesta épica, que restará vibrante en las páginas del libro de la Humanidad, se han lanzado a escribir unas líneas mas, mojando la pluma en su propia sangre.

Desgraciadamente, los intelectuales, salvo la honrosa pero exigua minoría sumada desde el primer momento a la Revolución, la han saboteado. Al llegar el instante de traducir en acciones las ideas, se ha producido un desdoblamiento asombroso, y así, en la calle, los que estábamos considerados por algunos revolucionarios de guardarrropía, como los místicos de la Revolución, nos hemos dado cuenta de que muchos de aquéllos aguardaban tras los ventanales de su casa, o emboscados prudentemente en un Hospital—de los centros de refugio que con esa careta se han construido—a que la Revolución decantase su triunfo, para surgir entonces con jactancia de vencedores. Hemos sido, sobre todo, los intelectuales que no cacareábamos metralla ni escupíamos dinamita, como en tiempos de paz hacían muchos flamantes teorizantes revolucionarios, los que hemos sabido, al llegar el instante crítico, cumplir con nuestro deber. Por algo la Revolución ha sido siempre en la Historia el gran crisol donde se forjaron hombres y el filtro en que se depuraron conductas.

(Continuará.)

LEED Y PROPAGAD “Castilla Libre”